

Celebración de la Muerte del Señor

PARROQUIA SAN PEDRO - PUERTO SAGUNTO

Viernes Santo 2001

En Silencio. Antes de la salida del sacerdote.

Monición de Entrada.

Nos hemos reunido este Viernes Santo en silencio y oración. Jesús, el Señor muere en la Cruz, y estamos aquí para acompañarle en la oscuridad y la desesperación de su muerte.

En esta celebración vamos a vivir tres momentos:

1º.- Liturgia de la palabra con la lectura de la Pasión.

2º Oración Universal que todos los cristianos del mundo rezamos en este día.

3.- La adoración de la cruz.

Débiles y pecadores ante la Cruz, nos comprometemos a que Donde hay oscuridad y desesperación, pongamos esperanza y fe.

Sale el sacerdote desde el fondo en profundo silencio.

(una vez llegado el sacerdote al altar)

Monitor: De rodillas expresemos nuestra aptitud penitencial; postrados por el pecado que reconocemos y confesamos, seremos liberados por la muerte del Señor.

✠ORACION COLECTA

✠CELEBRACION DE LA PALABRA.

Monición a las Lecturas.

No podemos esperar que grandes héroes nos salven. El futuro de la humanidad está en la aportación de personas sencillas y anónimas que, motivadas desde el amor solidario, van haciendo pequeñas o grandes cosas por los demás.

Muchas veces pueden ser incomprendidas y hasta despreciadas, pero su esfuerzo no es inútil. Otras pueden ser perseguidas y eliminadas. La colaboración activa y pacífica conmueve a Dios y lo hace ponerse de su lado.

Jesús, enviado de Dios, aporta su mensaje de esperanza que es olímpicamente rechazado por quienes se creen realistas y lógicos. Muere en la soledad y experimenta el fracaso total. Él se pone en manos de Dios. ¿Quién tiene la última palabra?

1ª LECTURA. (Blanca)

Lectura del libro del profeta Isaías 52, 13-15; 53, 1-12

Mi siervo tendrá éxito, crecerá y llegará muy alto. Lo mismo que muchos se horrorizaban al verlo, porque estaba tan desfigurado que no parecía hombre ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchas naciones. Los reyes se quedarán sin palabras, al ver algo que nunca les habían contado y comprender algo que nunca habían oído. ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se manifestó el poder del Señor? Creció ante el Señor como un retoño, como raíz en tierra árida. No tenía gracia ni belleza para que nos fijáramos en él, tampoco aspecto atractivo para que lo admiráramos. Fue despreciado y rechazado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento; como alguien a quien no se quiere mirar, lo despreciamos y lo estimamos en nada. Sin embargo, él llevaba nuestros sufrimientos, soportaba nuestros dolores. Nosotros lo creíamos castigado, herido por Dios y humillado, pero eran nuestras rebeldías las que lo traspasaban y nuestras culpas las que lo trituraban. Sufrió el castigo para nuestro bien y con sus heridas nos sanó. Andábamos todos errantes como ovejas, cada uno por su camino, y el Señor cargó sobre él todas nuestras culpas. Cuando era maltratado, él se sometía, y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa ni juicio se lo llevaron, y ¿quién se preocupó de su suerte? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron por los pecados de mi pueblo; lo enterraron con los malhechores, lo sepultaron con los malvados, aunque él no cometió ningún crimen ni hubo engaño en su boca. Pero el Señor quiso quebrantarlo con sufrimientos. Y si él entrega su vida como expiación, verá su descendencia, tendrá larga vida y por medio de él, prosperarán los planes del Señor. Después de una vida de amarguras verá la luz, comprenderá su destino. Mi siervo, el justo, traerá a muchos la salvación cargando con las culpas de ellos. Por eso, le daré un puesto de honor entre los grandes y con los poderosos participará del triunfo, por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores. Pues él cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL (Anita).

Salmo Responsorial Sal 30, 2.6.12-13.15-16.17 y 25

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo, que no quede yo nunca defraudado; líbrame por tu bondad. En tus manos encomiendo mi espíritu; tú, mi Dios leal, me librarás. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Soy la burla de mis agresores, motivo de risa para mis vecinos, el espanto de mis conocidos; los que me ven por la calle huyen de mí; olvidado de todos como un muerto, me he convertido en un objeto inútil.


Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Pero yo confío en ti, Señor; yo te digo: «Tú eres mi Dios». Mi destino está en tus manos, líbrame de los enemigos que me persiguen.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Que tu rostro resplandezca sobre tu siervo, sálvame por tu amor. Sean fuertes y anímense, todos los que esperan en el Señor.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

 **2ª LECTURA.** (Vicente en valencià)

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9

Hermanos: Ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un sumo sacerdote eminente que ha penetrado en los cielos, mantengámonos firmes en la fe que profesamos. Pues no es él un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que ha sido probado en todo como nosotros excepto en el pecado. Acerquémonos, pues, con plena confianza al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y encontrar la gracia de un socorro oportuno.

El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado en atención a su actitud reverente; y precisamente porque era Hijo, aprendió sufriendo a obedecer. Llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen.

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

Aclamación antes del Evangelio

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Cristo se humilló por nosotros y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

 **EVANGELIO.** (Loli, Paco,Santi)

† Pasión de nuestro Señor Jesucristo, según san Juan 18, 1-40; 19, 1-42

C. En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron el torrente Cedrón y entraron en un huerto que había cerca. Este lugar era conocido por Judas, el traidor, porque

Jesús se reunía frecuentemente allí con sus discípulos. Así que Judas, llevando consigo un destacamento de soldados romanos y los guardias puestos a su disposición por los sumos sacerdotes y los fariseos, se dirigió a aquel lugar. Iban armados y equipados con faroles y antorchas.

Jesús, que sabía todo lo que iba a ocurrir, salió a su encuentro y les preguntó:

†. «¿A quién buscan?»

C. Ellos contestaron:

S. «A Jesús de Nazaret».

C. Les dijo Jesús:

†. «Yo soy».

C. Judas, el traidor, estaba allí con ellos. En cuanto les dijo: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Jesús les preguntó de nuevo:

†. «¿A quién buscan?»

C. Volvieron a contestarle:

S. «A Jesús de Nazaret».

C. Jesús les dijo:

†. «Ya les he dicho que soy yo. Por tanto, si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan».

C. Así se cumplió lo que él mismo había dicho: “No he perdido a ninguno de los que me diste”.

Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella a un criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro:

†. «Guarda tu espada. ¿Es que no debo beber este cáliz de amargura que el Padre me ha preparado?»

C. Los soldados romanos, con su comandante al frente, y la guardia judía, arrestaron a Jesús y le ataron las manos. Acto seguido, lo condujeron a casa de Anás, el cual era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Caifás era el que había aconsejado a los judíos: “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo”.

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, entró al mismo tiempo que Jesús en el patio interior de la casa del sumo sacerdote. Pedro, en cambio, tuvo que quedarse fuera junto a la puerta, hasta que el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera y consiguió que lo dejara entrar. Pero la portera preguntó a Pedro:

S. «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?»

C. Pedro le contestó:

S. «No, no lo soy».

C. Como hacía frío, los criados y la guardia habían preparado una fogata y estaban en torno a ella calentándose. Pedro estaba también con ellos calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su enseñanza. Jesús declaró:

†. «Yo he hablado siempre en público. He enseñado en las sinagogas y en el templo, donde se reúnen todos los judíos. No he enseñado nada clandestinamente. ¿Por qué me preguntas a mí? Preguntas a los que me han oído, y ellos podrán informarte».

C. Al oír esta respuesta, uno de los guardias, que estaba junto a él, le dio una bofetada, diciéndole:

S. «¿Cómo te atreves a contestar así al sumo sacerdote?»

C. Jesús le dijo:

†. «Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?»

C. Entonces Anás lo envió, con las manos atadas, a Caifás, el sumo sacerdote. Mientras Simón Pedro estaba junto a la fogata, calentándose, uno le preguntó:

S. «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?»

C. Pedro lo negó diciendo:

S. «No, no lo soy».

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquél a quien Pedro había cortado la oreja, le insistió:

S. «¿Cómo que no? Yo mismo te vi en el huerto con él».

C. Pedro volvió a negarlo. Y en aquel momento cantó el gallo.

Después condujeron a Jesús desde la casa de Caifás hasta el palacio del gobernador. Era de madrugada. Los judíos no entraron en el palacio para no contraer impureza legal, y poder celebrar así la cena de pascua. Pilato, por su parte, salió adonde estaban ellos y les preguntó:

S. «¿De qué acusan a este hombre?»

C. Ellos le contestaron:

S. «Si no fuera un criminal, no te lo habríamos entregado».

C. Pilato les dijo:

S. «Llévenselo y júzguenlo según su ley».

C. Los judíos dijeron:

S. «Nosotros no estamos autorizados para condenar a muerte a nadie».

C. Así se cumplió la palabra de Jesús, que había anunciado de qué forma iba a morir. Pilato volvió a entrar en su palacio, llamó a Jesús y le interrogó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Jesús le contestó:

†. «¿Dices eso por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?»

C. Pilato respondió:

S. «¿Acaso soy yo judío? Son los de tu propia nación y lo sumos sacerdotes los que te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

C. Jesús le explicó:

†. «Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis seguidores hubieran luchado para impedir que yo fuera entregado a los judíos. Pero no, mi reino no es de este mundo».

C. Pilato insistió:

S. «Entonces, ¿eres rey?»

C. Jesús le respondió:

†. «Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso he nacido y para eso he venido al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le preguntó:

S. «¿Y qué es la verdad?»

C. Después de decir esto, Pilato salió de nuevo y dijo a los judíos:

S. «Yo no encuentro delito alguno en este hombre. Pero como ustedes tienen derecho a que les ponga en libertad un prisionero durante la fiesta de la pascua, ¿quieren que deje en libertad al rey de los judíos?»

C. Pero ellos seguían gritando:

S. «¡No, a ése no! ¡Deja en libertad a Barrabás!» (El tal Barrabás era un bandido).

C. Entonces Pilato ordenó que lo azotaran. Los soldados prepararon una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. También le colocaron sobre los hombros un manto rojo. Y se acercaban a él, diciendo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!»

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió, una vez más, y les dijo:

S. «Miren, lo traigo de nuevo para que quede bien claro que yo no encuentro delito alguno en este hombre».

C. Salió, pues, Jesús afuera. Llevaba sobre su cabeza la corona de espinas y sobre sus hombros el manto rojo. Pilato lo presentó con estas palabras:

S. «¡Este es el hombre!»

C. Los sumos sacerdotes y los guardias, al verlo, comenzaron a gritar:

S. «¡Crucificalo, crucificalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «Llévenselo ustedes y crucifiquenlo; porque yo no encuentro delito alguno en él».

C. Los judíos insistieron:

S. «Nosotros tenemos una ley y, según ella, debe morir, porque se ha presentado a sí mismo como Hijo de Dios».

C. Al oír esto, Pilato sintió aún más miedo. Entró de nuevo en el palacio y preguntó a Jesús:

S. «¿De dónde eres tú?»

C. Pero Jesús no le contestó. Pilato le dijo:

S. «¿Te niegas a contestarme? ¿Es que no sabes que yo tengo autoridad, tanto para dejarte en libertad como para ordenar que te crucifiquen?»

C. Jesús le respondió:

†. «No tendrías autoridad alguna sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto; por eso, el que me entregó a ti tiene más culpa que tú».

C. Desde ese momento Pilato intentaba ponerlo en libertad. Pero los judíos le gritaban:

S. «Si pones en libertad a ese hombre, no eres amigo del emperador romano. Porque cualquiera que tenga la pretensión de ser rey, es enemigo del emperador».

C. Pilato, al oír esto, mandó que sacaran fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el lugar conocido con el nombre de «Enlosado» (que en la lengua de los judíos, se llama “Gábbata”). Era la víspera de la fiesta de la pascua, hacia el mediodía. Pilato dijo a los judíos:

S. «¡Aquí tienen a su rey!»

C. Ellos comenzaron a gritar:

S. «¡Mátalo! ¡Crucificalo!»

C. Pilato insistió:

S. «¿Cómo voy a crucificar a su rey?»

C. Pero los sumos sacerdotes contestaron:

S. «Nuestro único rey es el emperador romano».

C. Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran.

Se hicieron, pues, cargo de Jesús quien, llevando a hombros su propia cruz, salió de la ciudad hacia un lugar llamado “La Calavera” (que en la lengua de los judíos se dice “Gólgota”). Allí lo crucificaron junto con otros dos, uno a cada lado de Jesús.

Pilato mandó escribir y poner sobre la cruz un letrero con esta inscripción: “Jesús de Nazaret, el rey de los judíos”. Leyeron el letrero muchos judíos, porque el lugar donde Jesús había sido crucificado estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. Los sumos sacerdotes se presentaron a Pilato y le dijeron: S. «No escribas: “El rey de los judíos”, sino más bien: “Este hombre ha dicho: Yo soy el rey de los judíos”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo que he escrito, escrito queda».

C. Los soldados, después de crucificar a Jesús, se apropiaron de sus vestidos e hicieron con ellos cuatro partes, una para cada uno. Dejaron aparte la túnica. Como era una

túnica sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo, los soldados llegaron a este acuerdo:

S. «Es mejor que no la dividamos, vamos a sortearla para ver a quién le toca».

C. Así se cumplió este texto de la Escritura:

Dividieron entre ellos mis vestidos y mi túnica la echaron a suertes.

Eso fue lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

†. «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Después dijo al discípulo:

†. «Ahí tienes a tu madre».

C. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya. Después Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliera la Escritura, exclamó:

†. «Tengo sed».

C. Había allí una jarra con vinagre. Los soldados colocaron en la punta de una caña una esponja empapada en el vinagre y se la acercaron a la boca. Jesús probó al vinagre y dijo:

†. «Todo está cumplido».

C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Aquí todos oran en silencio unos instantes.

C. Como era el día de la preparación de la fiesta de pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz aquel sábado, ya que aquel día se celebraba una fiesta muy solemne. Por eso pidieron a Pilato que ordenara romper las piernas a los crucificados y que los bajaran de la cruz. Fueron, pues, los soldados y rompieron las piernas a los dos que habían sido crucificados con Jesús. Cuando se acercaron a Jesús, se dieron cuenta de que ya había muerto; por eso no le rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y en seguida brotó del costado sangre y agua. El que vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura, que dice: No le quebrarán ningún hueso. La Escritura dice también en otro pasaje: Mirarán al que traspasaron. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque lo mantenía en secreto por miedo a los judíos, pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Entonces él fue y tomó el cuerpo de Jesús. Llegó también Nicodemo, el que en una ocasión había ido a hablar con Jesús durante la noche, con unos treinta kilos de una mezcla de mirra y perfume. Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas de lino bien empapadas en la mezcla de mirra y perfume, según la costumbre judía de sepultar a los muertos.

Cerca del lugar donde fue crucificado Jesús había un huerto y, en el huerto, un sepulcro nuevo en el que nadie había sido enterrado. Allí, pues, depositaron a Jesús, dado que el sepulcro estaba cerca y era la víspera de la fiesta de pascua.

Homilía (cortita)

Monición a la Oración Universal

Todos los domingos, en la Eucaristía, después de escuchar la palabra de Dios, levantamos los ojos y oramos por las necesidades de la Iglesia y del mundo entero. Hoy, después de haber escuchado la narración de la pasión del Señor, nuestra oración quiere ser más intensa que nunca.

Unámonos pues ahora, con todos los cristianos del mundo, en la oración universal, que como cada Viernes Santo, hacemos con una especial solemnidad.

✠ORACIÓN UNIVERSAL (Alberto)

Terminada la oración universal, se invita a la asamblea a sentarse y se lee la siguiente monición a la entrada de la cruz.

Monición a la entrada de la cruz

La cruz de Jesucristo es hoy el centro de nuestra asamblea. Por eso ahora la descubriremos solemnemente, y manifestaremos nuestra fe y agradecimiento a nuestro Salvador. Porque Él ha muerto por nosotros. Pongámonos de pie.

El celebrante de cara a la cruz mirándola . Se descubre un poco su extremo superior, comenzando a cantar el invitatorio «Miren el árbol de la cruz». Todos responden «Vengan a adorarlo». El celebrante descubre el brazo derecho de la cruz y, elevándola de nuevo, canta la invitación «Miren el árbol de la cruz», y prosigue como la primera vez. Finalmente descubre por completo la cruz y, elevándola, comienza por tercera vez el invitatorio «Miren el árbol de la cruz», y el pueblo responde «Vengan a adorarlo».

Poema mientras la adoración de la cruz

¡Qué inmensa, negra noche desolada,
sus tinieblas de espanto y amargura,
su frío desamor, su sombra impura,
descendió sobre mi alma abandonada!

¡Qué triste corazón sin tu mirada,
sin tu luz mi Señor, sin tu ventura!
¡Qué muerte sin tu amor! ¡Qué desventura
sentir mi sequedad, mi amarga nada!

Es la noche, es la sombra, es el no verte,
Señor, en la ceguera del pecado
la más amarga, cruel, trágica muerte....
Te tuve en mis entrañas sepultado
tanto tiempo, Señor, sin conocerte....
Más nuevamente en mí has resucitado

(Bartolomé Llorens)

✠ADORACIÓN DE LA CRUZ

(Se realiza en la escalera del altar, quitando el primer banco central)

Mientras el sacerdote va a buscar el Santísimo se lee la monición a la comunión.

✠PADRENUESTRO

Monición a la comunión

Hoy no celebramos la Eucaristía. Hoy contemplamos a Jesús muerto en la cruz, mientras esperamos celebrar la Eucaristía de la noche de Pascua. Pero en esta espera nos acompaña también el cuerpo del Señor entregado por nosotros. Por eso, ahora comulgaremos de la Eucaristía que ayer celebramos, en la espera de la Resurrección.

✠COMUNIÓN

Mientras el sacerdote reparte la comunión se canta sin guitarras

✠ORACIÓN DEL SACERDOTE

Monición de despedida

Mantengámonos en actitud de oración al Señor que ha muerto por nosotros, mientras esperamos celebrar, mañana por la noche, a las 12 la Gran Vigilia Pascual. Esta tarde a las 7 tendremos el Vía Crucis.

Inclinémonos ante Dios.

✠ORACIÓN DEL SACERDOTE

No hay bendición y todos salen en silencio, no hay avisos que romperían el clima.